POESIAS DESCRIPTIVAS

LA LUNA.

¡Con qué tristeza sube de los mares
Esa luna magnífica y radiosa!
Baña las olas con sus luces bellas,
Esta peña, esta playa silenciosa,
Y mi triste semblante: las estrellas
A distancias enormes la acompañan
Semejantes á pálidas centellas.
Todo en este lugar convida y mueve
A suscitar recuerdos en el alma:
La soledad, la noche, el aire leve,
La silenciosa luna, el mar en calma,
Y aquella triste y solitaria palma.
¡Oh reina taciturna de la noche,
Consuelo del viajero y del amante!
Al ver mis ojos esa luz serena,
La mente se arrebata delirante,
Y recorre, afligida de su pena,
Vastos desiertos, montes y bajíos,
Mares inmensos, lagos solitarios,
Selvas calladas y soberbios ríos.
Tú viste la catástrofe tremenda
Del mundo primitivo, cuyos mares
Estruendosos, saliendo de sus lechos,
Sepultados dejaron grandes bosques

De palmas antiquísimas y helechos,
Y de árboles sin número, que el sabio
Absorto mira, enmudecido el labio.
Allá tambien en un olvido triste
Descansan hoy enormes mastodontes,
Lagartos y elefantes colosales,
Que arrebatados de las olas viste
Soterrados quedar confusamente
En medio de montones de animales.
Siglos despues estáticas te vieron
Heliópolis, Palmira y Ecbatana,
Y la famosa Tébas de cien puertas,
Ultimo esfuerzo de soberbia humana.
¡Cuántas veces bañó tu luz tranquila
Sus palacios y templos y colosos,
Sus altas torres y anchurosos muros,
Sus ciudadelas y profundos fosos!
Mas hoy qué diferentes aparecen
En medio de las vastas soledades
A tu luz celestial esas ciudades,
Que hechura de gigantes me parecen!
¿Dónde estuvieron sus ruidosas plazas?
¿En dónde están sus reyes y su gente,
Y tanta vanidad y tanta gloria?
Todo pasó cual rápida corriente,
Y apenas queda su fugaz memoria.
En las noches brillantes y serenas
La víbora se enreda en sus colunas,
O ciñe las estatuas eternales
Cuando te ve salir de las lagunas
O de los erizados espinales.
El insecto contempla tu belleza

Entre los cardos y verbena ruda
Que nace en la arruinada fortaleza,
Y el pájaro nocturno en su tristeza
Desde el roto obelisco te saluda.
Enterrados de Egipto en las arenas
Miras los templos de Memnon y Osiris,
Los enormes esfinges destrozados,
Los inmensos y tristes propileos,
Las tumbas de monarcas ignorados
A pesar de sus grandes mausoleos.
¡Miserables pirámides fastosas,
Menos soberbias que los vanos reyes,
Cuyo polvo empañó sus anchas losas!

Ese disco tristísimo que incierto
Entre las nubes lánguido se asoma,
Ayer iluminó con rayo muerto
El lago solitario de Sodoma.
Brilló tambien en el glorioso suelo
Donde el Atrida se acampó y Aquíles,
En donde estuvo la estruendosa Troya,
Ora morada de ganados viles.
Ni alumbras ya de esa ciudad, siquiera
Los escombros del muro y la trinchera.
Hoy con rayos tranquilos iluminas
Risueños campos, dulces soledades,
Lindos arroyos, fértiles colinas,
Nuevos pueblos y espléndidas ciudades:
Esta México rica y afamada,
Esa Paris gloriosa con su ciencia,
Y esa soberbia Lóndres tan hinchada
Con sus grandes escuadras y opulencia.

¡Magníficas ciudades que algun dia
El tiempo ha de asolar á tu presencia!
Sus pórticos, palacios, coliseos,
Gimnasios y academias orgullosas,
Sus grandes bibliotecas y museos,
Todo arruinado entre aguas cenagosas
Servirá de morada en que se oculten
Verdinegros lagartos y raposas:
Y las simples palomas con asombro
Hácia otro rumbo torcerán el vuelo
Al ver amontonado tanto escombro.

Allá en el fondo de ese mar que veo,
Brilló tambien tu luz encantadora,
Antes que el Ponto en grande bamboleo
Se volcara en la Atlántida potente.
¡Ay infeliz de su angustiada gente!
Quizás ¡oh patria! ha de llegar el dia
Que estallen estruendosos tus volcanes,
Y que agiten tu atmósfera sombría
Relámpagos, y truenos, y huracanes.
Verás ¡oh luna! que la ardiente lava
Arrasa entonces en su curso undoso
Los árboles, cosechas y ganados,
Las ciudades y pueblos abrasados,
Las cúpulas, los arcos y colunas,
Los sabios y el ejército valiente.
¡Ay infeliz de su angustiada gente!
¡Cuántas naciones á su vez pasando
Envueltas en las olas de la vida,
En su viaje fatal te iban mirando!
Tambien tú melancólica las viste

Incensar á sus sátrapas y reyes,
O bien hollando autoridad y leyes,
Correr á hundirse en el sepulcro triste.
A tu vista pasaban como nubes
Mil pueblos y monarcas opulentos:
Pasó Nemrod, Sesóstris y Darío,
Alejandro y los Césares violentos;
Y tú entretanto sin cesar rodando,
De los mares te alzabas bella y pura,
Y á los mares bajabas, relumbrando,
O ignorada, tristísima y oscura.
Tú seguirás en lánguida carrera
Circulando serena en el vacío,
Al paso que otros reyes y otras gentes,
A leyes invariables obedientes,
Irán cayendo sobre el polvo frío,
Como las hojas pálidas del bosque
Al rebramar el huracan sombrío.
Ilumina mi lúgubre semblante,
¡Oh luna! y ten piedad de mi flaqueza,
Si acaba así la espléndida grandeza,
¿Qué será de esta caña vacilante?

EL COMETA DE 1841.

Brillar te miro en el distante cielo
Con triste luz, ¡oh pálido cometa!
Tu cauda trasparente como un velo
Deja ver los luceros relumbrantes,
Muy mas allá del último planeta.

Cuando te acercas á la masa hirviente
Del sol inmenso, su calor activo
Penetra abrasador tu vasta mole
Y quedas convertido en fuego vivo.
Sigues rodando, y tus flotantes llamas
Resuenan espantosas en su giro,
Y lo que tocas al pasar inflamas
En la bóveda inmensa de zafiro.

¿De dónde vienes, astro de terrores?
¿Y adónde vas? El alma delirante
Corre y vuela sin fin en el espacio,
Y cuando imbécil alcanzarte espera,
Párase fatigada y anhelante
Sin poderte seguir en tu carrera.

Pero ¿cómo el espíritu podria
Volar como el arcángel que te lleva?
¿Habrá mortal tan necio que se atreva
A darte alcance en la region vacía?

Al traves de mil zonas vas volando,
Más veloz que el relámpago en las nubes,
Y ora bajas á incógnitas regiones,
Ora soberbio y esplendente subes
Mas allá del anillo de Saturno
Y cerca de los piés de los querubes.

En el desierto del profundo cielo
Sin ser visto del hombre, vas perdido
A infinita distancia de la tierra
E infinita del sol, y convertido
En triste masa de infecundo hielo;
Hasta que raudamente arrebatado
Por la inmensa atraccion del sol inmenso,
Desciendes otra vez precipitado
Al traves de las órbitas grandiosas
Que describen errantes los planetas.
Entonces torna tu esplendor glorioso,
Y tu calor, y cauda y cabellera,
Y magnífico sigues tu carrera
Junto á Marte y á Júpiter hermoso.

Pero si por la ley de los destinos
En el disco solar te precipitas,
¡Adios de orgullo y de brillante gloria!
Fundido en los inmensos torbellinos
De las llamas del sol, allí ignorado
Queda tu nombre y tu fugaz historia.

Mas si en tu giro, lo que Dios no quiera,
Tu gran mole y la tierra se encontraran,
A golpe tan tremendo hechos pedazos
Entrambos globos con horror volaran.
El vasto mar, al choque repentino

Sobre los continentes se echaria,
Y en tan funesto y congojoso dia,
Las aguas en ruidoso remolino
Agitadas cubrieran la alta cima
Del inconmensurable Chimborazo,
E inundaran las cumbres de Himalaya,
Y bramaran las olas por encima.
Cambiando su eje la pesada tierra
Y cambiadas las zonas eternales,
Se disolvieran las enormes nieves
De entrambos polos; hielos colosales
Cubririan las playas mexicanas,
Y de Siria los vastos arenales.

¿En dónde está el varon sereno y fuerte,
Que en conflicto tan rudo y estruendoso
Pudiera ver tranquilo y en reposo
Catástrofe tan vasta? Ni la muerte
Fuera tan formidable en este dia,
Como ver acercarse con violencia
Y estrellarse despues mole tan grande
Contra la inmensa tierra. ¿Quién podria,
En medio de congoja tan profunda,
Impertérrito ver las convulsiones
De la naturaleza moribunda?

Pálidos todos de mortal espanto,
Temblando y erizados los cabellos,
Despavoridos y en el rostro el llanto,
Apenas ¡ay! pudieran en la fuga
Buscar la salvacion. ¡Empresa vana!
Que al solo golpe en ruinas quedaria
Envuelto el mundo con la raza humana.

MÉXICO.

Esplendido es tu cielo, patria mia,
De un purísimo azul, como el zafiro:
Allá tu ardiente sol hace su giro,
Y el blanco globo de la luna fria.

¡Qué grato es ver en la celeste altura
De noche las estrellas á millares,
Canopo brillantísimo y Antares,
El magnífico Orion y Cinosura,

La Osa mayor, y Arturo relumbrante,
El apacible Júpiter y Tauro,
La bella Cruz del Sur, y allí Centauro,
Y tú el primero, ¡oh Sirio centellante!

¡Qué soberbios y grandes son tus montes!
¡Cómo se elevan hasta el alto cielo!
¡Cuán fértil, cuán espléndido es tu suelo!
¡Qué magníficos son tus horizontes!

Tus inmensas cadenas de montañas
Hendidas por hondísimos barrancos,
Coronadas están de hielos blancos,
Y en la falda dan humo las cabañas.

Mil espantosos cráteres se miran
En la cima de montes y collados,
Unos quedaron quietos y apagados,
Otros sus llamas con furor respiran.

Terrible es ver desde una escelsa cumbre
Allá abajo las negras tempestades,
Y brillar en las vastas soledades
De grandiosos relámpagos la lumbre.

El Popocatepetl y el Orizaba
El suelo oprimen con su mole inmensa,
Y están envueltas entre nube densa
Sus cúspides de hielos y de lava.

Allí los ciervos de ramosas frentes
El bosque cruzan á ligeros saltos,
Y entre los pinos y peñascos altos
Se derrumban las aguas á torrentes.

Tus volcanes de inmensa pesadumbre
Asombran con sus peñas corpulentas;
Braman entre sus bosques las tormentas
Y un cráter es su procelosa cumbre.

Globos de fuego arrojan de sus bocas,
Columnas de humo, y grandes llamaradas,
Ardiente azufre, arenas inflamadas,
Negro betun y calcinadas rocas.

Entonces se conmueve el fundamento
De los montes azules, y en contorno
A cien leguas se estiende de aquel horno
El rudo y formidable movimiento.

El magnífico Dios de las naciones
Al repartir al mundo su tesoro
"Tenga México, dijo, plata y oro,"
Y en tí vertió sus opulentos dones.

De tristes cerros la nubosa cima
Y en sus abismos la fecunda tierra
Ricos metales sin medida encierra,
Que el hombre vil mas que el honor estima.

La Africa rica á quien el sol abruma,
La Europa y Asia henchidas de grandezas,
No tienen las espléndidas riquezas
Que la patria que fué de Moctezuma.

A México el Criador en sus bondades
Le ha dado un aire diáfano y sereno,
Aguas hermosas, fértil el terreno,
Verdes campiñas, ínclitas ciudades.

Mas ¡ay! que las ciudades que algun dia
Fueron su escudo y su brillante gloria,
Solo nos han dejado su memoria
En sus escombros y ceniza fria.

¡Qué grato es ver los altos cocoteros
Ceder al peso de sus frutos ricos,
Y flotar sus flexibles abanicos,
Al soplo de los céfiros ligeros!

Hermoso es ver en la estacion florida
Altos naranjos exhalando aromas;
Allí descansan tímidas palomas,
Y la sencilla tórtola se anida.

Crecen los espinosos limonares
Bajo los tamarindos bullidores,
Y en torno brotan delicadas flores,
Y en torno silban anchos platanares.

Allá en Oajaca embelesado admiro
En la campiña fértil y lozana,
Verdes nopales de esplendente grana,
Hermosa cual la púrpura de Tiro.

En las selvas revuelan los zorzales,
Merlas, tucanes de plumajes gayos,
Encarnados y verdes papagayos,
Tordos azules, rojos cardenales.

Colíbris mil de bullicioso vuelo
De azules plumas, verdes y doradas,
Del viajero arrebatan las miradas,
Como el arco magnífico del cielo.

En México plantó naturaleza
Bosques inmensos de árboles salvajes
Bajo cuyos densísimos follajes
Se propaga intrincada la maleza.

Allí el tigre feroz de ojos altivos
Embiste al toro montaraz y al ciervo,
Y la sangre les bebe aquel protervo,
Les bebe á caños aun estando vivos.

Allí la boa gigantesca oprime
En sus inmensos círculos el tronco
Del ancho cedro, y su silbido bronco
Se oye á lo lejos con terror sublime.

Y esa serpiente en su furor provoca
Al mismo tigre que al desierto espanta,
Y lo liga y lo estrecha y lo quebranta,
Y le hace echar la sangre por la boca.

Así en el mundo en merecido pago,
El orgulloso al orgulloso doma:
Así en un tiempo la altanera Roma
Quebrantó la soberbia de Cartago.

En el desierto grave y silencioso
Entre sus melancólicas palmeras
Se deslizan las víboras ligeras,
O estánse quietas en falaz reposo.

Terrible es ver aquel su atrevimiento,
Aquellos ojos como fuego puro,
Aquel mirar tan fijo y tan seguro,
Que infunden el terror y el desaliento.

Terribles son sus agitados cuellos,
Y aquella lengua rápida y vibrante,
Y aquel cuerpo tan ágil y undulante,
Y aquel silbar que eriza los cabellos.

Allí revuelan los halcones vagos,
Y las gloriosas águilas se lanzan,
Y en su raudo volar la nube alcanzan,
O leves tocan los risueños lagos.

Juega aquí la zarceta, y entretanto
El ánsar con estrépito se baña,
Mientras el tordo en la flexible caña
Entona triste su sencillo canto.